

Reseñas bibliográficas

ATIENZA LÓPEZ, Á., *Tiempos de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España Moderna*, Madrid, Marcial Pons Ediciones de Historia-Universidad de La Rioja, 2008, 590 págs.

Soledad Gómez Navarro



Desde hace unas semanas una nueva, sólida y extraordinariamente madura aportación se ha sumado a la interesante revisión que la Historia de la Iglesia —mejor que historia eclesiástica— viene experimentando la Historia Moderna de España desde las últimas décadas, y que tuvo un jalón decisivo en *El peso de la Iglesia: Cuatro siglos de órdenes religiosos en España*, la conocida magna obra

coordinada por el profesor Martínez Ruiz.

Como es sabido, la Iglesia católica, ámbito genuino de la España Moderna, es, a la vez, institución y misterio, sociedad religiosa y cuerpo místico de Cristo. Como institución, está sometida a la observancia de la Historia, que puede describir las vicisitudes concretas de la Iglesia en el marco más general de los acontecimientos profanos, que puede contarnos su vida, hablar de los hombres que han influido en ella, y describir sus relaciones con el mundo y con las potencias humanas. Como participe del misterio divino-humano de Cristo, la Iglesia es también un misterio de fe, pues su verdadera naturaleza y el secreto de su dinamismo sólo son conocidos por una revelación que es objeto de fe; por ende, toda concepción de la Historia de la Iglesia supone una cierta forma de Teología de la Iglesia, por lo que, según aceptemos el concepto de Teología, nuestras consideraciones sobre la Historia de la Iglesia recibirán su respectiva modificación. La Iglesia, pues, pueblo de Dios, sociedad fundada por Cristo y comunidad sólidamente estructurada y regida, es una sociedad visible sumergida en la ciudad temporal y en un ambiente de vida sobrenatural.

Precisamente por esa bidireccionalidad de los fines y objetivos de la Iglesia —el suelo y el cielo— y la globalidad de los mismos, no hay otra forma de abordar el estudio de aquella que en su globalidad, y pocas instituciones con más méritos y avaluos que aquella para ese sustantivo abstracto, porque, en efecto, como institución, la Iglesia es el poder, al reunir los cuatro elementos constitutivos de aquél señalados por los politicólogos, esto es, bases económicas, bases sociales notorias y aun significativas, territorio, organización administrativa y función, que, en el caso de la Iglesia, en realidad es multifunción —cultural, religiosa, pastoral o litúrgica; asistencial o caritativa; y cultural o

educativa—. Y es poder, justamente porque se hace presente, porque tiene medios y agentes para ello, y porque lo demuestra manifestándose, haciéndose notar y vertiéndose de mil maneras, controlándolo y abarcándolo todo, en definitiva, cual sistema cultural total y omnicomprensivo que es, y como, por lo demás, todo poder. De esta forma, el análisis de las economías monásticas y clericales, de los cabildos catedralicios y otros cuerpos administrativos, del clero como grupo social y de *status*, o de la religión, la religiosidad, o la práctica de la caridad, no son sino partes o emanaciones del mismo concepto global de Iglesia, nunca un compartimiento de nuestro pasado, sino nuestro pasado mismo y todo entero, pues la sacralización de la vida pública y privada en la España del Antiguo Régimen no dejaba resquicio por donde no penetrase el factor religioso en algunas de sus expresiones, como hace tiempo ya escribió el malogrado Domínguez Ortiz, y muchos otros han repetido después. Y de globalidad y poder hablará la obra de Ángela Atienza.

Pese a todo ello, sin embargo, y la cita es del profesor Martínez Shaw, historiográficamente la Historia de la Iglesia fue durante siglos un espacio segregado de la investigación sobre el pasado, que, además, quedaba en buena parte en manos de los propios eclesiásticos, y, asimismo en buena medida, al margen de los avances metodológicos operados en los restantes sectores historiográficos. Afortunadamente, esta situación ha cambiado de forma muy sustancial y sustantiva en las últimas décadas del pasado siglo, a partir de una serie de fenómenos, historiográficos e históricos, que han acrecentado de forma acelerada el interés por esta materia. Por un lado, la difusión del concepto de Historia Total ha llevado a los especialistas a romper los estantes tradicionales con el fin de obtener una visión interrelacionada de los distintos planos de la realidad social. Por otro lado, el desarrollo de la colaboración interdisciplinar ha potenciado los encuentros en territorios compartidos, los estudios sobre la sociología del clero, las economías eclesiásticas o las mentalidades religiosas. Por lo demás, la propia renovación de la Iglesia católica de los últimos tiempos ha propiciado la apertura historiográfica de una institución tradicionalmente celosa de su pasado, y se ha beneficiado de los cambios históricos e historiográficos recientes indicados, al tratar de explicar el investigador de su pasado el indudable tambaleamiento de los valores contemporáneos, provocándose así el rebrote actual de la Historia de la Iglesia. Manifestado éste en la creación o reactivación de buen número de publicaciones periódicas especializadas, en la multiplicación de las perspectivas y de los campos de investigación con la incorporación de nuevos conceptos y nuevas temáticas, en el aumento del número de los estudiosos y reuniones científicas que se aventuran en la exploración de un territorio en gran medida a la par familiar y desconocido, y en la superación de las clásicas trincheras de las controversias doctrinales, las relaciones con los poderes políticos, o la heterodoxia y su control por la

Inquisición, sin duda esta aceleración del interés presente de la investigación por la Historia de la Iglesia es uno de los signos más sólidos y esperanzadores de la historiografía de nuestro tiempo. Se ha avanzado así en el conocimiento de las nuevas regiones del encuadramiento pastoral, de la cristianización y recristianización de los pueblos, de las facetas más genuinamente sociales —trabajos sobre el episcopado, cabildos catedralicios, órdenes religiosas, o dinámica estrictamente social—, de la situación material y moral del clero y su incidencia en la vida política y social, del debate cultural de la Ilustración, de las transformaciones de la práctica religiosa, o de la difícil trabazón entre el plano espiritual y el temporal de las tentaciones de este mundo.

En ese contexto, parcela especialmente privilegiada en las investigaciones sobre la Historia de la Iglesia ha sido la del clero regular y la vida monástica, bien en su dimensión institucional, como, y sobre todo, en la económica y social, y a ella sigue contribuyendo precisamente el nuevo producto intelectual que ya se puede adquirir. Pero a aquélla le faltaban dos cosas que, a mi juicio, son las grandes bazas del trabajo de Ángela Atienza. Una, el ámbito examinado, España, no esta o aquella ciudad o unidad monástica, que es lo habitual, sino todo el país, y ya se necesitaba ese horizonte total. Ya sólo esto es todo un logro, un punto y aparte en esta temática historiográfica. De ahí el impresionante volumen de fuentes, manuscritas, impresas e historiográficas, que ordena, enjuicia y utiliza y que, debidamente usadas y sistematizadas, como es lógico, recoge su útil apéndice final. Otra, y a mi juicio la guinda de este libro, la perspectiva de análisis que su autora elige y que pone a pensar al lector.

En efecto, autora suficientemente conocida y reconocida en el estudio del clero regular, sobre todo en el ámbito de la corona de Aragón, el gran valor de su obra —por cierto, con gran acierto titulada y análisis de más de tres mil conventos, los muchos conventos que contemplaba la España de mediados del XVIII, si bien la mayoría de ellos fundados en las dos centurias anteriores—, es la perspectiva desde la que afronta el examen de aquéllos, perspectiva que no por más sabida, actuante e incluso obvia, no por ello menos necesitada de ser explicitada y empleada, a saber: Como instituciones de poder de la misma institución de poder que fue la Iglesia de la España Moderna, los conventos sólo pueden analizarse y explicarse desde la historia social, porque, como la misma autora expresa, «hay historia social e historia del poder» detrás de todos ellos. Formulado esto, clave para entender todo y que, como decía, con frecuencia se ha olvidado u orillado, los once capítulos del libro no sólo tienen ya coherencia y lógica, sino también, y es lo más importante, nuevos tintes y perfiles, que afloran precisamente por aplicar aquella perspectiva, y que enriquecen o matizan las consabidas conclusiones sobre los cenobios modernos. Por eso este libro habla de la configuración de la España conventual, del despliegue de cientos y cientos de nuevos conventos de monjes y frailes, de monjas y religiosas a todo lo largo y ancho del Antiguo Régimen y del extraordinario brio fundacional de aquella sociedad; y por eso examina la panorámica general de la geografía conventual en la España Moderna, la problemática y sociología de los fundadores, la expansión conventual, y

por supuesto la misma dinámica social expresada en la indudable conflictividad fundacional a que también asistió la España cenobítica de la época. Pero, como decía y el mismo libro recoge, se estudia no al modo habitual, no es una historia institucional ni eclesial de ese proceso de expansión conventual, sino que se aborda desde la incuestionable dimensión social que tuvo este fenómeno, y se hace analizándolo desde los mimbres y las preguntas de la historia social y del poder, porque, como de nuevo la misma autora expone, «un convento era un centro de poder», situando al lector ante un proceso que también alentaron las propias órdenes religiosas y que, en suma, envolvió al conjunto de la sociedad española del Antiguo Régimen. Y también un convento fue un instrumento de poder desde la perspectiva de muchos fundadores, por lo que hay una historia social e histórica del poder detrás de todo el proceso de proliferación conventual.

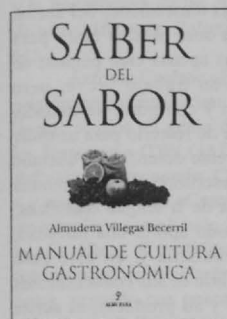
Entrando en detalle, y siempre desde el fundamental prisma indicado, el primer capítulo ofrece una panorámica general de la geografía conventual en la España Moderna, su entidad numérica, el proceso cronológico de expansión y la implantación de las distintas órdenes religiosas. Los capítulos segundo a noveno son el grueso y verdadero núcleo de este trabajo pues examinan en profundidad toda la problemática y sociología posible de los fundadores, los verdaderos artífices con su empuje, recursos y demandas del mapa conventual de España, pero, al hacerlo desde novedosos enfoques y giros con frecuencia desapercibidos por la investigación especializada, revela los verdaderos mecanismos, procesos, intenciones e intereses de aquéllos al acometer una empresa fundacional, y que, sin descartar motivaciones altruistas o espiritualistas, casi siempre hay que ver en clave de historia social y de poder. Por eso aquí se explora el papel de la realeza, la nobleza titulada, otros poderosos no titulados, el clero secular, los mismos concejos, e incluso de las mujeres, fascinante apartado donde Ángela Atienza examina desde una óptica muy interesante y casi inexplorada hasta ahora la acción de mujeres solas que, solas y para sí mismas —y ello tanto en el sentido civil como de las decisiones—, erigieron y mantuvieron conventos. El estudio de la historia social del proceso de expansión conventual no podía terminar sin los capítulos dedicados a la indagación de aquél desde la perspectiva de las órdenes religiosas, y a la misma conflictividad generada por los distintos procesos fundacionales, una manifestación más del mismo cambio inherente a la sociedad; son, pues, los dos que cierran este libro, pero también ambos, sobre todo el último, contruidos con enfoques y prismas renovadores, al entender que la fundación de un convento provocaba siempre un impacto público y político indudable, interfería en las estructuras de poder locales y alteraba las relaciones de poder establecidas.

Por si todo ello no fuera suficiente, además todo ello está escrito en un impecable y bien trabado discurso, que también esto es importante, donde lenguaje y aparato crítico se equilibran en tan justa medida que, desde ya, es evidente que no podremos seguir haciendo Historia de la Iglesia de la España Moderna sin este indispensable referente, en modo alguno mermado por la exclusión de una reflexión conclusiva

final precisamente sobre el impacto de su perspectiva de análisis en el fenómeno que ha historiado, o de un índice analítico o temático. En todo caso, por él ya debemos estar agradecidos para siempre a su autora, quien, mujer y seglar, para mayor aval por sí algo faltaba, cumple también así modélicamente los dos más llamativos parámetros de aquella renovada historia sectorial.

VILLEGAS BECERRIL, A., *Saber del sabor. Manual de cultura gastronómica*, Córdoba, Almuzara, 2008, 240 pp.

Francisco Miguel Espino Jiménez



Resentamos una obra, de título ya de por sí sugerente, enormemente interesante no sólo por el tema que trata, sino, sobre todo, por su alcance, destinada a un público amplio y variado, sobrepasando, además, las características de un simple libro divulgativo. De hecho, ha sido galardonada con el prestigioso premio internacional *Gourmand world cookbook awards 2008*, en la categoría

«Mejor libro de historia de la Gastronomía». Su autora, Premio Nacional de Investigación en Gastronomía en 2002, atesora una marcada experiencia investigadora, consultora y docente en la mencionada especialidad. Asimismo, al innegable éxito alcanzado ya por esta publicación, se une la cuidada edición de la misma, como todos los títulos editados por Almuzara, joven, aunque consolidada, editorial cordobesa.

El libro se divide en diez capítulos, precedidos de la correspondiente introducción y culminados con unas breves conclusiones, terminando con una bibliografía no muy extensa. Pero antes de describir *grosso modo* su contenido, resaltamos las palabras de la autora de su prólogo, Ymelda Moreno y de Arteaga, presidenta de la Cofradía de la Buena Mesa, enunciativas de lo que versa la obra, afirmando: «Este interesante y evocador Tratado sobre el mundo de la alimentación, sus fuentes, protagonistas, evolución, conceptos gastronómicos y sentidos, las características del cocinero y, por último, la revolucionaria aportación de la tecnología, aporta todo cuanto se necesita para conocer y comprender el fenómeno gastro-culinario de hoy reclinado en la historia.»

En la introducción, la autora explica con claridad los objetivos de su libro, difundir un conocimiento básico sobre «temas diversos de cultura gastronómica», y organizar y sistematizar la información existente relacionada con la mencionada temática.

En el primer capítulo, titulado «Alimentación y Gastronomía», Almudena Villegas realiza una necesaria, o más bien imprescindible, explicación de los mencionados

conceptos, además de analizar aspectos como la alimentación y la gastronomía a través de la historia o la importancia de los procesos de comunicación en la alimentación.

A continuación, la autora dedica un capítulo completo a comentar las numerosas y variadas fuentes existentes relacionadas con el estudio gastronómico (libros, prensa y revistas, guías, Internet y la propia experiencia personal).

Por otro lado, Almudena Villegas no olvida hacer referencia a los que considera como protagonistas de los procesos analizados, esto es, desde los jefes de cocina y los grandes *chefs*, hasta los simples comensales, pasando por los analistas, críticos, escritores y periodistas gastronómicos, los restauradores y algunos de los *gourmets* más destacados de la historia, señalando de estos últimos algunos casos antológicos y algunas de las recetas que inventaron.

En los dos capítulos siguientes, Almudena Villegas analiza la evolución de la alimentación y de la gastronomía, destacando distintos aspectos, caso de la alimentación como necesidad humana, el hambre, la gastronomía y el prestigio, o la gula.

Seguidamente, la autora pasa a definir distintos conceptos, la mayoría de una evidente actualidad, relacionados con la gastronomía, como la armonía, la creatividad, la frugalidad, la cocina como arte o como conjunto de técnicas, el fenómeno de la vanguardia culinaria, la deconstrucción en cocina, los menús-degustación, la cocina conceptual, etc.

Otro de los capítulos, por cierto, uno de los más breves, trata sobre el alimento como símbolo, incluyendo la estrecha relación del arte y la literatura con la gastronomía, al mismo tiempo que se comentan otros temas como el vegetarianismo, la entomofagia y el canibalismo.

Asimismo, la autora describe la indudable conexión entre la gastronomía y los sentidos, para concluir que el alimento va más allá de las sensaciones percibidas durante la comida, considerando que «nos quedan una serie de circunstancias relacionadas con el hecho gastronómico a través de las cuales disfrutar de él sin necesidad de encontrarse degustando.»

En el antepenúltimo de los capítulos Almudena Villegas se centra en las características y la personalidad del cocinero, dedicando un breve epígrafe a los significativos cambios introducidos en la actualidad por los grandes cocineros. Al mismo tiempo, resalta que hoy día no se valora la experiencia, pues, por el contrario, se estima sólo la innovación y la capacidad de sorprender al comensal con diversos artificios, de ahí que muchos jóvenes cocineros se encuentren sobrevalorados.

Finalmente, Almudena Villegas dedica el último capítulo de su deliciosa obra, adjetivo nunca más oportunamente aplicado, al papel de la tecnología en la cocina, tanto doméstica como profesional, el descubrimiento de nuevas texturas, la necesidad de que los cocineros tengan unos mínimos conocimientos sobre física y química (de ahí que la formación permanente entre estos profesionales debe ser una realidad), la intervención humana en la tecnología, etc.